

# DIARIO DE CONGRESOS

*y otros saraos*  
JUAN MONTORO



Las aventuras del Dr. Iván Eraso

UNIVERSO  
de LETRAS 

Juan Montoro

**DIARIO DE CONGRESOS Y OTROS  
SARAOS**

**LAS AVENTURAS DEL DR. IVÁN ERASO**

*Diario de congresos y otros saraos*  
*Las aventuras del Dr. Iván Eraso*  
Juan Montoro

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de auto-publicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© del texto: Juan Montoro, 2018

© de las ilustraciones: Saray García Rúa, 2018

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras  
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

[universodeletras.com](http://universodeletras.com)

Primera edición: agosto, 2018

ISBN:9788417274788

ISBN eBook: 9788417275693

*A Nadia.*



—¿Es usted Iván Eraso?

# Absenta

—Lo siento, pero en esta comunidad no queremos propaganda.

—No reparto propaganda. Le traigo una notificación del Servicio Nacional de Empleo. ¿Es usted Iván Eraso?

—Para servirle a usted.

Cruzaron mi mente varias ideas, pueriles, inútiles: no vivo aquí, no conozco a esa persona, ha muerto, se ha mudado, ¿de quién me habla? ¿Y de qué iba a servir? Ya sabía que mi prestación por desempleo se había agotado. Durante meses, había tratado de abrirme camino, de encontrar un trabajo típico o atípico, como psiquiatra, médico general, forense, traductor, asesor...; en la sanidad pública o privada; por cuenta ajena o propia. Tropecé con sonrisas condescendientes; ya te llamaremos, hemos despedido a diez, está todo muy difícil, ¿estás apuntado en la bolsa de empleo?

Y eso hice, apuntarme a bolsas de empleo de regiones que ni sabía que existían, ya estuviera en el puesto número uno o en el número cincuenta, nunca me llamaban. Mi currículum engordaba, cebado de títulos absurdos o serios, para alegría de la copista del barrio, a quien sostuve el negocio durante meses, y para desgracia de los diezmados bosques de la tierra, cuyo fruto celuloide nutría las papeletras de hordas de gerentes hospitalarios.

—Firme aquí.

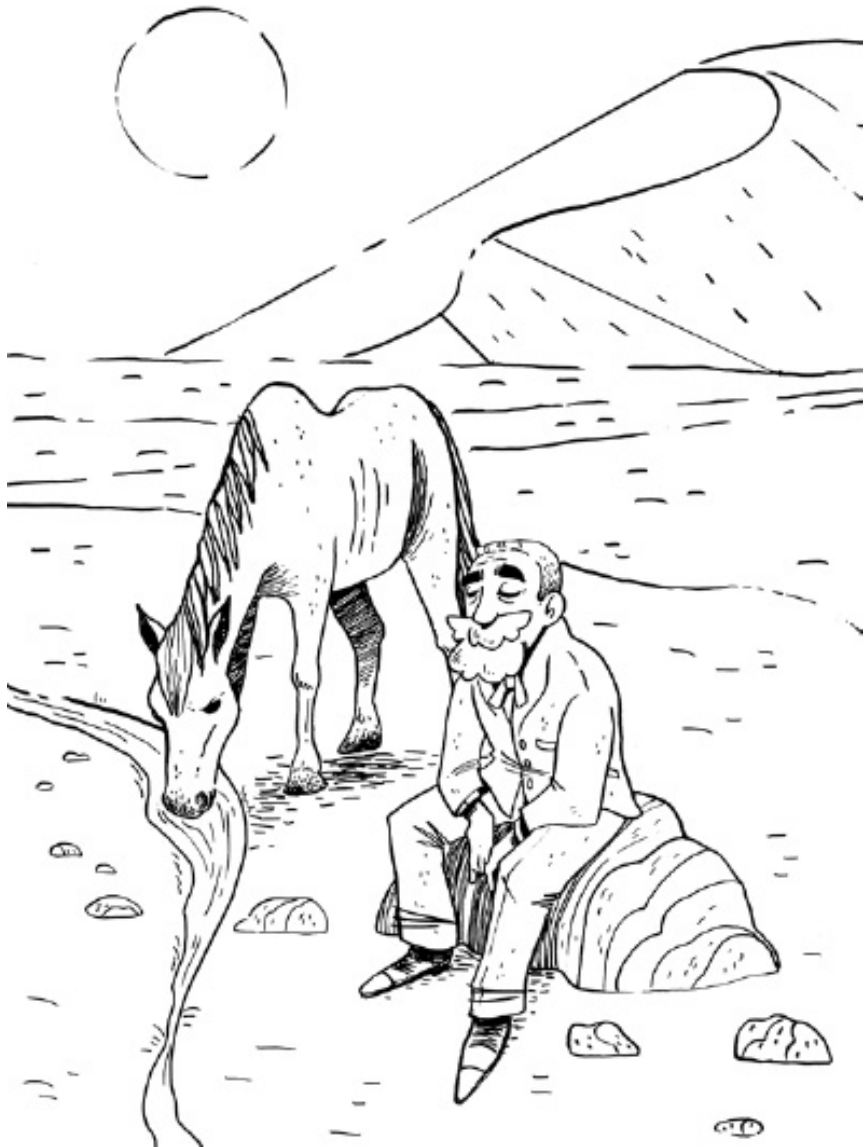
—¿Quiere una cervecita?

El cartero me miró con cierto recelo y bajó las escaleras con su carrito amarillo, rebosante de malas noticias. La notificación, una vez abierta, leída y maldecida, fue a parar al rincón más sórdido de mi apartamento: la caja de los papeles inservibles que no se han de tirar.

El resto del día fluyó entre nebulosas depresivas, leve y pesado a la vez, y por fin se despejó a la hora de la cena, como sabía que sucedería; las comidas eran para mí oasis felices, siempre provechosos. En aquellos momentos, ningún mal existía, se trataba de manjares de rey o precocinados de solterón. Pero los lujos ya solo pervivían en el recuerdo. En su lugar, la realidad empanada esperaba en el congelador a convertirse en un par de sanjacobos.

Tras la cena y el yogur, ese día anhelaba, más que nunca, algo que me embotara, que amortiguara el torrente de ideas. Reparé en la botella de absenta que un amigo había dejado en mi casa, demasiado cara para beberla entera sin remordimientos, pero lo bastante llena como para que no se notase nada si me preparaba un par de copas.

El par de copas se convirtió en tres, luego en cuatro, luego en la penúltima. Los humoristas que me acompañaban desde la televisión cada vez me parecían más divertidos, al tiempo que su voz se iba alejando y apagando. Mientras tanto, el hada verde que vive en el ajenjo se abría camino y yo me dejaba vencer, la invitaba a entrar; ella me abrazó hasta que caí en un sueño más real que la vigilia, donde los colores resonaban con la música de otro mundo.



—Mi caballo ha descansado lo bastante. Reanudemos el camino.



## Sueño

*De cómo el Dr. Iván Eraso, psiquiatra, visitó un lejano desierto. De las cosas que allí le acontecieron. De cómo conoció al viejo maestro, y del diálogo que mantuvieron entrambos.*

Sentí los rayos del sol rojo acariciando mi cuerpo. A mi alrededor solo había tierra. Me encontraba en un páramo reseco, desconocido, sin duda inhóspito y virgen. La luz, que lo llenaba todo, no solo no me dañaba los ojos, sino que me resultaba atrayente y tranquilizadora. Pronto, gracias a ella, sentí una extraña familiaridad en aquella región, como si la hubiera visitado en más ocasiones; no, como si hubiera vivido allí siempre. Me dirigí seguro hacia el sol, que mostraba tintes de ocaso, aunque yo sabía que estaba amaneciendo.

Me llenaba un fuerte sentimiento de certeza, de inmensa seguridad. Todo era a un tiempo familiar e ignoto, cotidiano e irreal, efímero y eterno. Y aquel astro era el mismo centro de la gran contradicción, brújula colorada cuya conducta no podía comprender, a la vez que la conocía desde el momento en que nací.

Caminé y caminé durante horas con el astro inmóvil, siempre tocando el horizonte. Y durante esas largas horas, que no me agotaron, solo me vi rodeado de tierra. Cuando caía la tarde, que sobrevino con la misma luz procedente del mismo Este, llegué a un arroyuelo macilento del que bebía un caballo enfermizo. Junto a él, sentado en una ro-

ca, descansaba su dueño, viejo y flaco, pero de alguna manera robusto. Poseía un mostacho del tamaño del mundo que infundía un respeto irresistible y una autoridad calma. Sus ojos eran amables y seniles, llenos de paz; sin que fueran necesarios gestos, me invitaron a acercarme.

Cuando llegué a su lado, el anciano me sonrió y habló con voz dulce:

—Oh, viajero, sáciate con mi agua, come de mi pan, bebe de mi vino.

—Gracias por el vino, pero creo que, por hoy, ya he bebido suficiente.

—Oh, viajero, caliéntate con esta mi leña, alivia tu piel con mis ungüentos.

—Gracias, gracias.

—Oh, viajero...

—Puede llamarme simplemente... —interrumpí.

—Dr. Iván Eraso, psiquiatra —cortó—. Ese es tu nombre, ¿no es así?

Asentí sin ganas de llevarle la contraria.

—Cuéntame qué te turba. Mi mente es lenta y vieja, pero guarda dentro de sí toda la fuerza de los años, toda la experiencia de una larga vida.

—Me turban unas cuantas cosas. Aunque el paseo de hoy me ha venido bastante bien, la verdad. Debería venir más por aquí. En poco tiempo me faltará lo que me acaba de ofrecer, amigo anciano: el pan. No encuentro trabajo y es posible que tenga que emigrar.

—Mi caballo ha descansado lo bastante. Reanudemos el camino.

De modo que seguimos el viaje, ya de noche, siempre hacia el Este, siempre con el mismo sol inmutable. Vi las

primeras plantas: matojos de cardos, luego jaras punzantes, un pino, varios pinos, un bosque cada vez más espeso, un claro al que fuimos a parar. Amanecía de nuevo. El anciano montaba y, a pesar de que me ofreció una y otra vez subir a la grupa de su bestia, preferí caminar. Mis pies desnudos aplastaban la tierra e imprimían ligeras huellas; al mirar hacia atrás, vi que estas a veces se esfumaban y a veces se multiplicaban, como si las hubiera esculpido un fantasma o un enorme ciempiés. En un tramo, solo quedaron huellas del pie derecho, en otro, huellas de ave.

En el centro del claro se alzaban siete estatuas, representando siete mujeres, cada una con sus respectivos atributos bélicos o artísticos. Nos detuvimos bajo una de ellas que sostenía un corazón en una mano y un cráneo en la otra. Su mirada era firme y triunfante, espejo de rotunda victoria.

El anciano se sentó en el suelo y yo lo acompañé. Su voz no denotaba cansancio, a pesar de la larga caminata.

—Sé que has adivinado quién soy —dijo, con una sonrisa. Yo asentí—. En efecto, soy Emil Kraepelin. Llevo un tiempo viajando por estas tierras tranquilas. Vine a encontrarme contigo, a prestarte mi ayuda para subsistir en los tiempos oscuros en que vives.

Yo rebosaba de certezas, de revelaciones desde que puse el pie en el desierto, pero en ese momento, por primera vez, dudé. Ignoraba cómo Kraepelin podría ayudarme y, más aún, de qué manera la respuesta iba a encontrarse en aquel claro, en aquellos monumentos o en el ligero equipaje de mi nuevo amigo. Intenté contener la angustia que había nacido en el interior de mis muslos, y que, trepando, ya llegaba a mi vientre, ya me retorció las vísceras, ya me oprimía el pecho, ya me amordazaba, ya estaba a punto de ha-

cer estallar mi cabeza, sí, enseguida sucedería. Kraepelin trató de calmarme al momento:

—He aquí la cura de tu sufrimiento. Con este objeto ya podrás vivir en paz hasta el fin de tus días. Cuando el tiempo llegue, nos reuniremos de nuevo en este país y viajaremos juntos por otros caminos, con otros caballos, bajo el mismo sol rojo.

Miraba anonadado el regalo del viejo: un rectángulo de plástico perforado por un cordel negro. Kraepelin se aproximó y lo colgó de mi cuello. Lo tomé y observé, sin creer del todo lo que veía.

Anverso: mi fotografía en la parte izquierda, mi nombre en la derecha. Reverso: una banda magnética. Eso era todo lo que a primera vista aparecía. Pero, un momento después..., ¡mutó el formato por completo! Lo que era izquierda se volvía derecha, o bien cambiaba la tipografía, o la imagen, o el color. Sin embargo, lo realmente asombroso era la parte superior del objeto: me pareció notar un flujo vertiginoso de letras, casi imposible de distinguir, cambiando a toda velocidad. Creí ver, dentro de la algarabía, repetirse las palabras: «congreso», «simposio» y «reunión», junto con otras semejantes.

Llegó la comprensión de manera súbita, como trasplantada a mi cabeza; desde el comienzo fue cristalina, evidente y luminosa, como todas las otras verdades que habitaban en mí en aquel país más real que lo real.

El viejo Kraepelin se veía aún en la necesidad de recrearse en las explicaciones:

—Oh, viajero —reanudó—, tienes en tus manos la Acreditación que te dará entrada a cualquier congreso. Haz buen uso de ella, pues es la llave al saber psiquiátrico completo

y, sobre todo, a los mejores canapés, desayunos y copazos, como ya sabes. Tu tesón por sobrevivir te ha hecho merecedor de esta recompensa.

—No sé cómo agradeceréelo, profesor.

Temblaba emocionado. De alguna manera, la sacudida que sentía en mi cuerpo traspasó mi piel, y el mundo empezó a parecer inestable, poco a poco, hasta que lucía a punto de desmoronarse. ¡Era el sol! ¡Se hundía! Era, al fin, el ocaso en aquella tierra. Tuve tiempo de abrazar a Kraepelin antes de que la oscuridad fuera plena. Llevado por la exaltación de ánimo también lo habría besado, pero temía que su poderoso bigote pinchara. Cuando todo era ya negro, me desvanecí.



—¡La Acreditación Mágica! ¡El regalo de Kraepelin!

## Resaca

Lo que quedaba de mis sesos latía en pugna por salir a través de mis órbitas. Sentía cómo el ajeno había destrozado mis vísceras, que habrían de esperar un día entero, por lo menos, para recomponerse. Una resaca tan intensa parecía sobrenatural, como enviada por los dioses crueles que poblaban el mundo de aquel grotesco sueño: un castigo por robar el secreto vetado al hombre, un águila a la que se había encomendado picotear mi hígado.

Seguía dando vueltas al contenido del sueño. En especial, me extrañaba el que lo recordara con tanta claridad, detalle a detalle. «Si no fuera porque mi vida la afronto de manera científica», me dije, «pensaría que esconde significados o revelaciones, como en las alegorías medievales». No te engañes, Eraso: ahora no podrías pensar ni como un científico, ni como una lombriz, por lo menos, hasta que los restos de la absenta decidan desalojar tu cerebro. Me alegraba, de todas formas, de haber conocido a Kraepelin, aunque hubiera sido ese Kraepelin de ficción. Si hubiera sido la Virgen en lugar de Kraepelin, me haría rico; con mucho menos se han levantado chiringuitos como Lourdes o Fátima.

Me encaminé al cuarto de baño, donde solté una meada remitente-recurrente de unos diez minutos. A la vuelta, bamboleándome como los tranvías de Belgrado, vi de reojo algo que no debía estar allí, me di cuenta a pesar del